

Los lecheros de Coronado

A Hernán Zamora Elizondo

Por la antigua carretera surcada por mis abuelos a San José yo bajaba, despreocupado y contento, a las ancas de un caballo de andares pasitroteros.

Flor silvestre era mi infancia en los campos de mi pueblo.

De cuando en cuando se encienden por las vías del recuerdo mil carbuncos melancólicos, alma azul de viejos tiempos; y cuando quiero llorar tales días sin regreso, para contener el llanto cierro los ojos, y veo el desfile cotidiano de los rústicos lecheros.

Majan mi alma los cascotes al trotar en el recuerdo.

Entre cuatro limpios tarros que brillan como el argento ya cabalgan mis paisanos camino real del pueblo. Dardos que hienden, temblando, el corazón de los céfiros es el canto de los pájaros y el silbar de los lecheros sobre el paisaje rural sembrado de mis afectos; y las fontanas procuran un murmurio de consuelo a las auras vulneradas por silbidos y gorgoros.

¡Oh desfile de jinetes camino real del pueblo!

Con las últimas estrellas de su casa van saliendo. En Ipís o en la revuelta de la Cuesta del Marcelo el alba entre rosas dice: "Buenos días, caballeros". Y en Purral o Guadalupe les cae encima un oro nuevo que es riqueza de los pobres y salud de los enfermos.

Sol que sale a recoger aljofares de sereno y por la espalda sorprende a estos robles isidreños, cuyas mejillas recuerdan el rubor del primer beso y sus almas fuentes raudas en las rocas de sus cuerpos.

¡Oh desfile de jinetes camino real del pueblo!

Los espera San José con paladar de ternero que piensa en rosadas ubres de blanco sabor materno, por lo que apuran el trote, para calmar los deseos. Van en mangas de camisa, bombada por el viento; sombrero aludo de pita refresca sus pensamientos y les cubre la cintura una ancha faja de cuero. De los ímpetus pluviales de un paraguas inmenso, y en un bolsillo de arabia entona alegre el dinero una canción argentina al cotidiano pan nuestro.

Sus calcañares desnudos sostienen sendos luceros que van apurando el paso, moderado por el freno; y en los tarros de hojalata la leche va floreciendo como aromos amarillos, al pausado movimiento que le imprimen los caballos de andares pasitroteros, los que nunca se lamentan de las espuelas y el peso; es la albarda la que gime chirriando con sus arreos.

¡Oh desfile de jinetes camino real del pueblo!

A la ciudad capital han llegado tempraneros: por el Paso de la Vaca, Santa Lucía, Barrio Méjico, Plaza de González Víquez, Aranjuez, Chile de Perro... por todas partes expenden

el nutritivo alimento.

Con silbido agudo y largo como un hilo de telégrafo se anuncian a las sirvientas, que a recibir salen presto la leche. También son ellas plantas de rústico suelo.

—Buenos días, Nertali. —¡Hola! ¿Cómo le va yendo? —Pos ay, quebrando y

[pasando, como disen en mi pueblo.

—¿Y qui'hubo del poble? —¿Han seguío en el jaleo?

—Si no volví a platicame porque alguien l'hisó unos

[cuentos. —Y yo que creiba comer torta de novios con güevo.

—Pos ya ve, antier quebramos ausolutamente en serio, y los devolvimos todo: él, el perjume y cosmético; yo, la sortija'e Carey y una postal con un verso; mas se dejó mi retrato, dos colochos y un pañuelo.

—Mire, póngase en cuidao, porque'él es escasuseño, y esos indinos de ayí tienen fama'e creyenseros. Va'y p'amarrala es capás de fabricale un muñeco y dise usted detrás d'él corre y corre sin sosiego. Y no es raro que también ese condeniyo negro vele el viernes su retrato patas arriba.

—¡Qué miedo! ¡Y a saber si ya endenantes me bía fabricao el muñeco!

Mientras, frente a otra puerta la bestia espera a su dueño, donde sucede otro diálogo entre un ama y el lechero:

—Mídala bien, porque ayer me chinguí como tres dedos. Aparté la de los guápiles y los vasos del almuerzo y tuve que comprar más para el café.

—¡Qué raro eso! ¿Con dos botijas que deja y no alcansale? ¡No creo! Yo a usted le mido a consensia, pero pa que no'haga pleito vo'a echale su buena feria.

—¡Jesús! ¡Qué hombre tan [espléndido!

—Sí, pa que haga un buen [rompope

o un punchesito con güevo.

—¿Y si todavía me sobra?

—Entonse la corta en queso.

Y prosigue su camino, pronto, jovial, repartiendo la nutrición de los niños y el sostén de los enfermos. Y una vez que ha terminado su reparto, compra almuerzo en un fonda barata; luego un cuartillo de afrecho y maíz para el caballo, y emprende el retorno al pueblo.

El sol, perpendicular, parte el día por el medio. Son maracas bullangueras los tarros con maíz dentro, y al compás del chiquichaque los timbales del sendero.

Mientras tanto en San Isidro esperan ya su regreso las aguas de los arroyos y las cenizas del fuego para darles a los tarros la brillantez del aseó.

¡Oh camino sepultado bajo losas de cemento, cuán alegre te ponías al paso de los lecheros! Con ruedas de hule te escriba un epitafio el progreso.

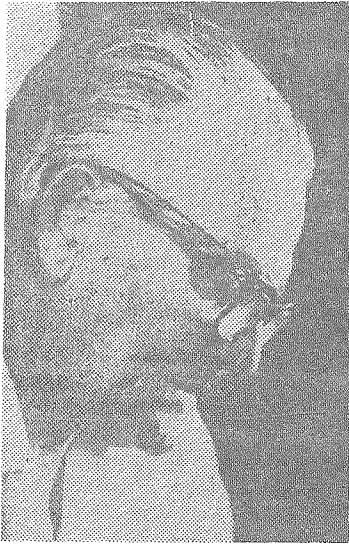
¡Jinetes de San Isidro que estáis desapareciendo, vuestras figuras serán vagos trazos del recuerdo; se borrarán vuestras huellas y os desechará el progreso; pero si entonces alguno quisiera volver a veros, en mi alma os hallará cabalgando en mis afectos! (1939)

Cuando se publicaban estos romances en La semana cómica, el año de 1936, este semanario publicó una carta firmada por Martín Peña, en la cual me felicitaba por los poemas y me estimulaba para que continuara en esa labor literaria. Le contesté con esta carta.

Los Targuaces, 10 de julio. Mi estimao Martín Peña: la presente le dirijo pa contestale su atenta que ayer tarde resebí cogiéndome de sorpresa.

Perdone los garabatos y la octografía tan pésima, que por ayudale a tata cuasi no estuve en l'esuela, y la maestra Rudesinda me dio tanto con la regla, que a yo me s'hisó un enredo de reglas en la cabeza y, de tantísimas cóleras, se le perdieron a eya. Es mentiras eso que la letra con sangre dentro.

Bueno, pos vea, Martín: no tengo la meresensia



Arturo Agüero embellece y realza hoy esta página literaria con algunos de sus mejores romances y un poema nuevo —de la última producción— que se publica por vez primera. Con esta muestra de su arte, concluimos hoy el homenaje al poeta y a su obra, no sin antes aclarar y reconocer dos errores que se deslizaron en días atrás: el lugar de nacimiento de Agüero fue San Isidro de Coronado, no el Valle de El General, como erróneamente se dijo, y el nombre correcto de su padre es: don José María Agüero Barboza.

Flor de otoño

¿Por qué, por qué, Señor, una flor en otoño, cuando agobia mis ramas un letargo de oro? ¿Por qué no en primavera, cuando el ramaje, todo cubierto de verdores la esperó tan ansioso?

No sé que raro aspecto cobra mi melancólico arbolillo, cubierto de rayos perezosos con esta flor tardía que le brotó de pronto, mientras le caen las hojas —corazones de oro con que juegan los céfiros apenas rumorosos—.

¿Por qué, por qué, Señor, esta flor en otoño?!

(Inédito)

del elogio que usted mi'hasé ni de que me yame puea. Lo qui'hago yo lu'hasen otros y lu'haria cualesquiera. Usted mismo, ya lo ve, sin ser de la clasia nuestra platica iden a los conchos, tan igual que paresiera como que un día de tantos les biera mamáo la lengua.

Pos como l'iba contando: yo lo qui'hago son cuartetos, como las puede hacer otro que medio escriba siquiera, que haiga vivío con gentes de camisa y de chaqueta, que conosca sus costumbres, vida, carácter y esétera. ¿L'octografía pa qué? Siempre que como mi vieja ne ponga cajón con ge, lo importante es que s'entienda y de los otros los conchos no digan tantas tonteras.

Pero naide se preocupa d'estas vainas, ¡qué tristesa! Ay veo versos de cosas que y'han cantao otros puetas, sin que les mire palma la vida sensiya y buena de los probes campesinos. ¿Será que nos despresean? ¿Será que les da peniya de los otros a esos puetas? Pos más bien deben chiyasen de vivir a costa nuestra, porque a no ser por los otros se mueren d'hambre esos levas; no haberia prosperidá ni lujitos p'esos pelmas.

Dende'l prensipio'e su carta cuasi me'echa una endireta con la custión de los güilas, parese que lo supiera. No me lo está preguntando, pero es bueno que lo sepa: cumplí siete de casao hora p'abril, y ni señas de familia, por más qu'hemos hecho muchas deligensias.

Se los jue la manta en visio y naditica'e cosecha. Disen que los chacalines son los que en verdá

[mancuernan, pero otros nos aseguran que son la solene friega. Por fin ya los resinamos: si la santa Providensia los quiere dar hijos, bueno; si no también. Yo y Griselda les hemos hecho a los santos un gran porción de novenas, ora esto y ora l'otro, qué sé yo, y mil promesas. Ya no aguanto las rodiyas d'estar hincas en l'glesia. Al fin ya los convenimos que no habera desendensia, qu'el Retana desparese cuando Sinforoso muera. Sin embargo si usted sabe por ay, de alguna reseta, mándemela por correo, ¡quién quita un quite, ñor Peña!

Más alante nos notisia —digo mal: me notisea— que me vido retratao muy orondo en la gasetá. Sí, mi'agarraron un lunes qu'estuve por Alajueta con el ojecto'e vender una carretada'e leña. Luego que la realisé me jui p'onde los Herreras a cargar un poco'e sal y otras cuantas menudensias. Cuando voltiaba en Pesquina, va pa venime de vuelta, va'y me para un retratista con una máquina d'esas estantanas y me dise:

—Machito, un momento, vea: por seis riales lo retrato; no me paga si no queda igual a como es usted.

—Otro día, cuando venga más mudao y con botines, hora no vale la pena.

—Si está pasándose, amigo; y otra ganga no la encuentra. ¿Una postal por seis riales? ¡Ni sacando la dosena! Mire, mañana, pongamos, se patea usted l'oreja, por lo menos en estampa a su familia le queda.

Tanto me juersió el fregao, que aflojé, no'hubo manera. Me puso alante del chunche que tiene una bolsa negra, en eya ensartó la jupa, volvió a sacala pa'juera y me dijo: "Un momentico, no se mené, pasensia".

Me dijo qu'ispiara al vidro y que sin ganas me riera. Con la jeringa qu'está guindando d'una manguera le arrempujó la corriente y'hisó ¡tic! Mire, ñor Peña, esaitamente un revólver cuando usted lo martiyea. No dilató dos minutos pa dámela, a la carrera ya tenia una postal, y'unque mojada, muy buena; hasta me se bían las costras. Ni Páiter fotografear tan ligero, ¡qué va'ser!, y si es Hernandes la mesma. Ayí quedé como soy, cagaditico de veras.

Y'ese indino de Pío Luis va y me pone en la gasetá, sin ser hombre de Gobierno ni deputao siquiera. Unque p'esto nu'hay presisa de gastarse la moyera ni quemase las pestañas estudea qu'estudea: con solo tener colmiyo y pelar muy bien las pepas, del cupitre del Congreso a usted naide se lo apea. Hay que ser largarto y gayo tener colmiyo y espuela. Pos ya ve, cada cuatro años por ay vienen esos pécoras a ofrecer milenta cosas: cañerías, carreteras, puentes, caminos, el juisio y toda la trampa suelta; y'uno d'anomas, oyéndolos, con toda la tolva abierta, convenio de qu'es sierto tantas y tantas promesas. Y endespues de la prenunsia le soban a usted la leva, le dan la mano, lu'abrasan, el hombro le palmetean, qué cómo está su mujer, sus chacalines, su suegra, que su tata, que su mama, y la sonta de su agüela. Una larga y otra corta l'ensartan a usted esas fieras. Lo evitan a la taquiya pa que pida lo que quiera: ron, anisao, coñá, guaro, chirrite o sersesa; y cuando usted, y tarriao, ve tuitico dando vueltas, lo hasen firmar l'adecisión y bien ensartao lo dejan; y lo vuelven a'brasar mientras más lo alabansean. Ultimadamente un beso le arrempujan si se deja.

Cuando pasa la política, ni puentes, ni carreteras, caminos ni cañerías, de naditica se acuerdan. Y si lo ven en la Viya se pasan pa l'otra sera o lo ven de más o menos, como si les diera pena.

Despues de agachase el concho pa serviles d'escalera, si'hasen los desentendíos y le juyen sielo y tierra. ¡Qué empeño ser uno probe, vivir largo y comer serca! Le juro a usted, ñor Martín —y miremela bien hecha—, qu'a yo no mi'agarran más de chanchito ni de babieca más que me yamen tuiticos mal patriota u lo que sea.

Me dise usted qu'endenantes podían cantar los puetas la vida sensiya y sana porqu'era más yevadera. Muy sierto: unicadamente nos tre dolor la probesa. Veremos que leche da don Lion en la Presidensia, y ojalá no me caüse desilusión, porque vea: yo lo almito y tengo fe en que'hará cosas muy buenas, pero si es truenos sin agua la pierde con yo y pa sécula. Hase tiempos que me pudren las puerçadas d'esta tierra, con una partida'e sánganos, un porción de sirvergüensas, una catisumba'e vivos soba que soba la leva.

Aquí termino mi carta porque ya la pluma nu'echa. Le agradezco sus palabras que mi'honran sin mereselas. ¿Que si me yegó serrada? Vino como con tarчуелas, más pegada qui'unos novios en lo oscuro de una puerta. Multada si me yegó; pero en fin, a cualesquiera le pasa un descuido asina.

Resiba con toda juersa un buen apretón de manos d'este amigo que lu'apresia.

Sinforoso Retana

BYC (A)